

El mal olor que han dejado las granjas de animales después del huracán*

Después de la tempestad viene la calma, se puede decir que generalmente es así, o debería ser así, pero esto en algunos casos no sucede, cuando a una desgracia le sigue otra mayor.

Acabamos de sentir el paso de un huracán golpeando nuestra península severamente, después vino la calma, una calma pesada y espesa. Aún calma oscura y lluviosa, cargada de un espantoso olor. En el pueblo de Sitpach, pueblo y colonias vecinas, hubo muchos destrozos de árboles, postes y todos los etcétera, pero cuando amaneció, al tercer día, la desolación era absoluta; a nuestro alrededor un gigantesco árbol de mangos sepultó literalmente el taller de carpintería y los techos de la casita volaron como papalotes, no sabíamos que entraba un huracán, así que no nos preparamos, los árboles de los vecinos cayeron también en la casa y todo quedó arrasado, pero estábamos todos vivos en el pueblo, aunque hoy hemos llegado a sentir ganas de mejor haber muerto para no respirar este olor, a menos de un par de cientos de metros, de las granjas de pavos Viridiana, que tenía nueve instalaciones de 20 x 200 metros, con cientos de aves, cada una con un gigantesco total de

toneladas de excremento al día y aún más cantidad al mes y al año. Durante las 24 horas del día nos llega el olor, cada vez más fuerte, de miles de pavos muertos que, sumados al mal olor de sus excrementos en descomposición total, es la muerte lenta, es una peste azufrosa, que quemaba la nariz y el alma misma después de horas y días; parece que lo que cayó fue una bomba de la muerte lenta, y sigue lloviendo mientras escribo estos cinco días después del huracán, y por la humedad constante cada segundo que pasa en mi pueblo, apesta peor, no quisiera regresar allá, está toda la familia allá, qué impotencia, Señor, nunca imaginé algo así, pues habíamos pensado en el pueblo que no existía nada peor que los olores de las porquerizas del pueblo vecino de Santa María Chí.

Y las quemadas de las plumas y los desechos de las aves, todos los días del año, desde las 4:30 o 5 de la mañana nos despierta la peste, se cierran las ventanas y hay calor, no hay salida, lo tenemos qué tragar, pensamos que no habría ya nada peor, ni nada qué hacer; cada día se queman los desechos de las aves que son sacrificadas para su consumo y mientras

* Comunicado recibido de última hora durante la emisión vespertina de las 14:00 horas de Noti-UADY Radio, transmitido por Radio Universidad el 27 de septiembre de 2002. Entregado por Antonio Rivero, en nombre de los habitantes de Sitpach.



más es el consumo, más algunos de los pueblos de los mayas se hunden en el mal olor, y en la tristeza los niños y familias expuestas al aire contaminado, y ante la impotencia total frente a granjas criadoras de animales somos el pueblo que ha enfrentado al poderoso huracán, pero el meteoro ya pasó, ya se fue, y nos vamos a levantar todos tal vez, pero no de los pueblos que tenemos cerca, con granjas de animales, porque vino algo peor que el huracán, la peste, y es también muy poderoso el mecanismo que sostiene estas granjas. Por ejemplo, los dueños de las granjas de cerdo de Santa María Chí son de apellido Loret de Mola y nada hemos podido hacer por evitar que se instalen sus granjas y se ha protestado y colectado firmas inútilmente, ellos pagaron una parte

del costo de la carretera Cholul-Santa María Chí, pasando por Sitpach, y por eso y por esa peste, no hay nada que hacer, estamos condenados; si llegamos a pensar antes del huracán que ya era intolerable la peste, pero lo que está pasando jamás lo imaginamos, el estómago se revuelve, se pierde el hambre, los niños lloran, nos duele el alma, y sumado a esto, las moscas son cada vez más y más verdes y grandes, nunca descansan en las granjas ni dejan de quemar mientras que cientos de pavos mueren, otros tantos de inmediato están tomando su lugar. Por lógica, en unos años, las aguas, la tierra y el aire mismo estarán irreversiblemente contaminados por estos pueblos y colonias aledañas, y acá están creciendo ya nuestros hijos y nietos...

Vivero de hortalizas, Dzidzantún.

